

Alejandra Riaño

Dentro de una creación universal

El cosmos como inicio de todo

Hace alrededor de diez años comenzó uno de mis mayores gustos hacia una ciencia específica: la astronomía. A los once años entré a un club de estudio en mi colegio, donde aprendí algunas nociones básicas sobre el universo y realicé algunos experimentos y observaciones.

Aunque desde antes ya sentía fascinación por el tema, en ese momento empezó a crecer una curiosidad más profunda por la teoría de todo lo que existe “allá afuera”. Mi mayor interés se centra en lo inalcanzable que resultan los objetos celestes, en lo incomprensibles e inimaginables que pueden ser. Podemos hablar de planetas, exoplanetas, agujeros negros, estrellas, supernovas o cuásares, pero en realidad nunca podremos comprender ni dimensionar plenamente la magnitud de los fenómenos y los tamaños que habitan el cosmos, pues nuestra mente no logra materializar la existencia de cuerpos tan gigantescos.

Nuestro conocimiento, además, siempre estará limitado por nuestra imposibilidad de salir de manera significativa de nuestro planeta, por la escasa capacidad de observación directa y por las enormes distancias que nos separan de otros mundos. Incluso si algún día desarrolláramos naves o máquinas que viajaran a la velocidad de la luz, seguiríamos enfrentándonos a incontables años de trayecto para llegar a lugares que, en la escala del universo, se consideran “ceranos”.

Con el paso del tiempo continué leyendo sobre el universo, entre los libros que aún conservo y los más recientes que leí, se encuentra *UNIVERSO: La guía visual definitiva* editado por Martin Rees, astrónomo de la Universidad de Cambridge, el cual es un texto ilustrado donde da a conocer todo el cosmos desde nuestro sistema solar hasta los límites del universo observable por nosotros, incluyendo teorías, explicaciones científicas, descripciones, descubrimientos recientes y las investigaciones de naves, sondas y satélites.

Sin embargo, fuera de estas lecturas, no estudié en profundidad hasta llegar a la universidad, cuando escogí la opción de astronomía. Allí aprendí de manera más rigurosa acerca de la teoría y de los cuerpos del cosmos. Fue en ese contexto, durante la clase *Mundos lejanos* del profesor Alejandro García, donde surgió una conversación sobre la importancia del arte en la divulgación de la astronomía. Esto se dio a propósito del proyecto final de la materia, que debía relacionar nuestra carrera con los temas vistos. En mi caso, realicé una investigación sobre cómo, a lo largo de la historia, el dibujo y la pintura han sido pilares para ilustrar objetos celestes invisibles al ojo humano. Gracias a estas representaciones artísticas fue posible dar a conocer el universo al resto del mundo y, con ello, impulsar el avance de la ciencia de manera extraordinaria.

Fue así como comenzó a consolidarse la idea de los planetas y, en particular, la noción de *mi propio planeta*. Este interés surgió a partir de una necesidad por materializar, a través del arte textil, aquello que normalmente permanece fuera de nuestro alcance: los cuerpos celestes. Durante un periodo prolongado, dediqué mi tiempo a tejer los planetas de nuestro sistema solar y también los del sistema Trappist-1, un sistema exoplanetario que ha despertado un gran interés científico debido a su similitud con la Tierra y a las condiciones potencialmente habitables de algunos de sus planetas.

Para contextualizar más sobre esta idea; en la clase de *Taller avanzado*, surgió la propuesta que marcaría un punto clave en mi proceso creativo: representar el sistema solar en crochet. En aquel entonces llevaba menos de un mes aprendiendo esta técnica, apenas dominaba los puntos básicos, pero la posibilidad de unir el universo, tema que me fascinaba desde la infancia, con el tejido artesanal me resultó sumamente atractiva. Presenté la propuesta como proyecto del curso y fue recibida con gran entusiasmo, lo que me motivó a desarrollarla con dedicación durante todo el semestre.

Al inicio del proceso pensé en darle un giro interpretativo al sistema solar, cambiando los colores de los planetas para otorgarles un carácter más personal y simbólico. Imaginaba cómo sería un Saturno con tonos inesperados o una Tierra reinterpretada desde una mirada subjetiva como, por ejemplo, en rosado. Sin embargo, mis profesores y compañeros me recomendaron mantener los colores reales, pues coincidían en que la originalidad ya residía en el simple hecho de materializar los cuerpos planetarios mediante el crochet, una técnica

poco convencional para este tipo de representaciones, sin embargo, se mantuvo esta esencia de poner un color propio, tema que abarcaré más adelante.

Aún así en ese momento acepté la sugerencia y seguí adelante con fidelidad cromática, pero la inquietud por imprimirle una huella más propia nunca dejó de acompañarme. Incluso después de haber terminado el proyecto y haberlo presentado con éxito, me quedó resonando la idea de añadir un componente interpretativo, algo que fuera más allá de la reproducción de formas y colores, y que expresara una mirada personal sobre el cosmos. Esa semilla sigue viva hasta hoy, como un recordatorio de que el arte no solo puede traducir la ciencia de manera visual o tangible, sino también abrir un espacio para la imaginación, la subjetividad y la creación de significados nuevos.

El proceso y el tejido

En este proceso, procuré capturar mediante el tejido no solo la apariencia visual de estos objetos astronómicos, sino también su carácter simbólico y su carga de misterio. Cada puntada se convirtió en un intento de aproximación, en una traducción material de datos científicos, imágenes telescópicas y representaciones digitales hacia un lenguaje táctil, cálido y humano. La elección del crochet como medio no fue casual: el tejido, históricamente asociado a lo doméstico y lo íntimo, contrasta con la vastedad y la escala cósmica de aquello que busca representar. De este modo, el gesto de tejer los planetas se convierte en un acto de mediación entre lo micro y lo macro, entre lo personal y lo universal, entre lo sensible y lo científico.

Mi intención inicialmente fue imaginar cómo se vería el conjunto completo, el sol y sus exoplanetas coexistiendo en una misma composición, y, a través de ello, proponer una nueva forma de aproximarse al universo desde la experiencia artística. El proceso de recrear estos sistemas en una escala manipulable implicó no solo un ejercicio de observación y reinterpretación, sino también una reflexión sobre nuestra relación con el conocimiento científico y las formas de hacerlo visible.

Pese a todo lo descrito y mientras este diálogo entre arte, ciencia y materia se desarrollaba, comenzaron a surgir múltiples dudas en torno al proceso. Aunque me encanta aún el hecho

de materializar por medio del tejido un objeto celeste específico ya existente me cuestioné los montajes, las decisiones formales, la pertinencia de mis ideas y, sobre todo, mi lugar dentro del proyecto. Durante las asesorías, atravesé un periodo en el que la pregunta sobre qué parte del trabajo me pertenecía realmente se volvió recurrente. Esa duda sobre la autenticidad de la obra me llevó a detenerme y repensar el sentido de lo que estaba haciendo: ¿hasta qué punto los planetas que tejía eran una interpretación personal, y en qué momento comenzaban a volverse una mera reproducción de información científica?

Estas reflexiones me llevaron a comprender que, si bien el trabajo era mío (concebido y elaborado desde mi mirada), existía en él un componente científico y teórico que me resultaba distante de mi experiencia vital en mi carrera. Sentí entonces la necesidad de equilibrar ambos mundos: el del conocimiento racional y el de la creación sensible. Fue precisamente en ese punto de duda donde comenzó a tomar forma la idea de crear un *mundo propio*, un planeta personal que condensara mi experiencia, mis emociones y mi manera particular de comprender el universo.

Decidí que no necesitaba representar lo existente; necesitaba construir algo que naciera desde mi interior. Así, la noción de un planeta propio surgió como una respuesta a la necesidad de reafirmar mi voz dentro del proyecto. Este nuevo cuerpo celeste no se regía por las leyes astronómicas, ni astrofísicas sino por las lógicas del afecto, la intuición y la memoria. Tejerlo se convirtió en un acto de afirmación: en cada elección de forma, textura y color buscaba imprimir mi esencia, mis dudas y mis certezas, entonces cada tejido se fue convirtiendo en el proyecto definitivo.

Fue a partir de esta exploración que los colores comenzaron a adquirir un papel protagónico, no solo como recurso estético, tal como fue la idea desde mi trabajo del sistema solar, sino como una forma simbólica de representación. Cada color provenía de un impulso emocional, de un recuerdo o de una sensación vinculada a mi proceso interior. De esta manera, el *planeta propio* se transformó en una síntesis entre el universo exterior, el cosmos científico y observable, y mi universo interior, el espacio íntimo, emocional y subjetivo.

Lo privado y lo público

En la primera sesión de proyecto final, conversando con Beatriz sobre mis ideas, surgió también la posibilidad de integrar otro de mis medios de arte que realizo: el dibujo. En la conversación compartí la importancia de él en mi práctica, puesto que ha sido mi énfasis en todos mis semestres, especialmente en la línea de retrato, a la que dedico gran parte de mi tiempo dentro de las artes plásticas. Desde entonces comencé a pensar en cómo podría vincular esta práctica más íntima con el proyecto central de la tesis.

Esa reflexión, más que centrar al dibujo en el proyecto, me llevó a plantearme la diferencia entre lo privado y lo público dentro de mi producción artística. Mientras que el crochet lo asocio a lo visible y compartido, proyectos que muestro, expongo y presento incluso a personas que no conozco, mis dibujos funcionan de manera opuesta: son un ejercicio personal, íntimo, que pocas veces comparto con otros y que suele permanecer guardado en mis archivos. Son piezas ligadas a mis gustos y a mi cotidianidad, casi siempre basadas en fotografías tomadas por otros, y rara vez las pongo en circulación más allá de relaciones muy cercanas.

Aún a mitad de semestre seguía explorando esta tensión entre lo privado y lo público, pensando más acerca del dibujo en la práctica y reflexionando sobre cómo decidir qué mostrar y qué reservar. Me interesaba comprender de dónde surge esa selección y qué implica en la construcción de mi identidad artística. De alguna manera, este contraste entre el crochet, expuesto y social, y el dibujo, íntimo y reservado, resonaba en lo que sería una posible esencia del proyecto y aunque no llegó tan lejos la idea del dibujo en relación con mi trabajo, sí se forjó una idea de algo personal público o público y privado.

En la fase de producción, procuré materializar esta idea creando un espacio que invita a una experiencia individual y sensorial. Insinúo que por cada persona que pueda adentrarse en el interior de mi proyecto también pueda establecer un encuentro íntimo con él, con ese pequeño “universo” contenido dentro del planeta. Esta decisión responde a la necesidad de generar un contraste entre lo público y lo privado: mientras la exposición en su conjunto permanece abierta y visible para todos, el interior del planeta se reserva como un espacio de introspección, accesible únicamente para quien decida entrar. De este modo, la obra propone una doble lectura: una exterior, compartida y contemplativa, y otra interior,

personal y envolvente. En ese interior se concentra la esencia del proyecto, donde el espectador no solo observa, sino que experimenta y habita un universo diminuto, hecho de materia, color y luz, en diálogo directo con su propio cuerpo y sus sentidos.

La propiedad del color

El color, o mejor dicho, los colores, se han convertido en una extensión de mi identidad. A lo largo del tiempo, fueron adquiriendo un valor simbólico que creció junto a mí, hasta convertirse en un lenguaje silencioso mediante el cual me reconozco y soy reconocida. Entre todos ellos, el negro y, sobre todo, el rosado, se consolidaron como los tonos que mejor representan mi ser. Esta relación se remonta a mi infancia, cuando el rosado no solo era un color, sino el eje que organizaba mi mundo. A los tres o cuatro años, todo lo que me rodeaba, mi ropa, mis objetos, mis accesorios y mis “materiales de arte” en el jardín, compartían esa tonalidad. Recuerdo que en el jardín de infancia me negaba a usar crayolas o cartulinas que no fueran rosadas, e incluso llegué a llorar hasta que me brindaran lana de ese color para nuestras actividades. Esa insistencia, que con el tiempo se volvió casi anecdótica, terminó por crear una especie de identidad cromática: mis profesores y compañeros comenzaron a llamarme “la niña rosada”. Incluso hasta hoy, mi profesora de primaria, con quien aún mantengo contacto, me saluda con cariño de la misma manera, como si aquel apodo siguiera siendo una forma de nombrar algo esencial de mí.

Esa preferencia, lejos de diluirse con los años, se transformó en una constante. A mis 21 años, el rosado sigue acompañándome en cada aspecto cotidiano: mi habitación, mis accesorios, mi ropa e incluso los personajes que me fascinan en cuanto a colección, como My Melody o Jjongtoram, estos comparten ese tono que se ha vuelto inseparable de mi esencia. El rosado funciona como un hilo que cose distintas etapas de mi vida, un símbolo de continuidad emocional y estética. En ese sentido, no se trata solo de una elección cromática, sino de una forma de afirmación personal: un color que, al permanecer, me recuerda quién soy.

Esta relación íntima con el color también se filtra en mi práctica artística. Así como el tejido me permitió conectar con el universo a través de los planetas, el color me conecta conmigo misma. El rosado, en particular, actúa como un puente entre la niña que imaginaba mundos propios y la artista que hoy los recrea en crochet. Por eso, cuando decidí construir mi propio planeta dentro del proyecto, el color no fue un elemento secundario, sino la manifestación más visible de mi identidad: una manera de decir que, dentro del cosmos que represento, hay un espacio teñido de mí.

En cuanto al negro, este color se transformó en una parte fundamental de mi identidad, en una suerte de faceta “rebelde” que surgió inicialmente como una acusación externa, pero que terminé por asumir como propia. Durante mi adolescencia, mi vestimenta comenzó a componerse casi exclusivamente de prendas negras, lo que generó comentarios y críticas que, lejos de alejarme de ese color, reforzaron mi deseo de apropiármelo. El negro empezó a representar mi afirmación personal, una declaración silenciosa de independencia y gusto propio justo para la etapa que lo permite.

Además, este tono no solo me atraía por su carga simbólica, asociada al misterio, a lo oculto o a la introspección, sino también por su versatilidad estética: el negro podía adaptarse a cualquier objeto o estilo, manteniendo siempre una elegancia discreta.

Con el tiempo, comprendí que el negro funcionaba como un contrapunto del rosado, colores que, en conjunto, comenzaron a construir mi identidad visual. Esa dualidad se trasladó directamente a mi proyecto: el rosado representa lo visible, lo sensible y emocional, mientras que el negro simboliza lo íntimo, lo reservado, aquello que requiere adentrarse para descubrir. En esta tensión cromática entre lo público y lo privado, entre la dulzura y la profundidad, se articula gran parte del sentido simbólico de mi planeta.

Finalmente, el blanco no posee un simbolismo tan cargado como el rosado o el negro; más que una marca identitaria, representa una construcción visual que ha acompañado distintas etapas de mi vida. Siempre lo he percibido como un color que permite que los demás se expresen con mayor fuerza: el blanco resalta, sostiene y equilibra, ofreciendo un espacio donde los otros tonos pueden desplegarse plenamente. En ese sentido, más que un color protagonista, actúa como un marco de contención y armonía.

Esta relación con el blanco también se refleja en mi entorno cotidiano. Mi habitación, diseñada junto a mi padre, está dominada por este color, que aporta claridad, calma y una sensación de amplitud. Con el tiempo comprendí que el blanco ha sido una constante silenciosa en mi vida, una especie de pausa visual, un espacio de respiración entre las intensidades del rosado y la profundidad del negro. En mi proyecto, este color cumple esa misma función: rodear, acompañar y equilibrar los demás elementos, aportando un sentido de neutralidad y contemplación dentro del universo que he creado.

Mi referente

A medida que fui desarrollando mi proyecto, comencé también a investigar y reconocer artistas cuyas prácticas dialogaban, de alguna manera, con lo que estaba construyendo. Entre ellas encontré a Joana Vasconcelos, una artista portuguesa cuyo trabajo me resultó profundamente inspirador. Vasconcelos realiza esculturas e instalaciones de gran escala utilizando técnicas de tejido, costura y materiales textiles, que transforman los espacios expositivos en entornos inmersivos. Sus obras, aunque no abordan directamente el tema del cosmos o los planetas, poseen una presencia envolvente que invita al espectador a adentrarse, a experimentar el espacio desde lo sensorial y lo corporal.

Al conocer su obra, me sorprendió descubrir una coincidencia estética y conceptual con mi propio proceso, pese a que mi proyecto se había originado sin esa referencia previa. Esa afinidad radica en la manera en que ambas exploramos el tejido como un medio que trasciende lo doméstico y lo tradicional, para expandirse hacia dimensiones monumentales, casi arquitectónicas. En mi caso, esa idea se materializa en el planeta tejido, una estructura que, al igual que las obras de Vasconcelos, busca ser habitada visual y emocionalmente, permitiendo al espectador sumergirse en un universo íntimo pero expansivo.

El nombre

El nombre, probablemente, sea uno de los aspectos más distintos dentro de todos los proyectos que he realizado. Siempre me ha resultado difícil titular mis obras; nunca sé con certeza cómo nombrarlas ni qué palabra podría abarcar lo que significan. En un inicio, este

proyecto tenía un título más descriptivo, una frase que buscaba sintetizar su esencia y facilitar su recordación. Sin embargo, con el tiempo comprendí que el nombre debía reflejar con mayor claridad el simbolismo que lo atraviesa.

Los planetas que aún no han sido explorados, ni nombrados oficialmente no reciben palabras poéticas o narrativas; se identifican mediante códigos, números y letras que aluden a su descubrimiento. Esa lógica científica me pareció profundamente coherente con mi intención de crear un cuerpo celeste nuevo, un planeta propio, pero con las características de los objetos reales que se encuentran en el cosmos. Por eso, decidí que mi planeta no sería una excepción: su nombre, NARB-130424, remite a la idea de un hallazgo astronómico, un nuevo objeto descubierto, pero también lleva implícitas mis iniciales y una fecha significativa en mi proceso, uniendo así la frialdad de la nomenclatura científica con la intimidad de lo personal.

Cierre

Como todo proyecto, aunque quede incompleto, tiene un cierre o, al menos, una pausa. Mi trabajo terminó siendo lo que siempre esperé: la construcción de un mundo que, de una u otra forma, siempre estuvo implicado en mi vida. La astronomía ha sido una gran fuente de conocimiento y de creencia que me acompaña incluso desde antes de cumplir los diez años. Las teorías, lo incomprensible, lo inimaginable, lo gigantesco y lo lejano son las características que conforman el cosmos. No muchas personas conocen realmente sobre él; quienes lo hacen, a menudo apenas alcanzan a entender lo más cercano. Más que una crítica, esta observación se transformó en una reflexión personal que me llevó a traducir esa ciencia y sus objetos a nuestra cotidianidad a través del tejido.

El tejido suele vestir, cubrir, decorar e ilustrar, y por eso me pareció el medio más preciso para traer esa vastedad a nuestras manos: lanas suaves, telas que cobijan, colores familiares y reconocibles. Aunque mi planeta no existe ni vaga por el universo, existe aquí, en lo cotidiano, como un nuevo objeto que porta consigo un contexto, un movimiento y una historia.

Si bien no retraté un sistema solar real como los que los astrónomos han estudiado, y como fue mi idea inicial, permitirme entrelazar mi conocimiento, mi fascinación y mi práctica artística me generó una satisfacción más profunda: la de crear un objeto cargado de simbolismo, el mismo simbolismo que la astronomía tiene para mí y, en cierto modo, para la humanidad entera.